



OBLIGACIONES DE UN ACADÉMICO.

UTILIDAD DE CUMPLIRLAS.

MODO DE DESEMPEÑARLAS.

DISCURSO INAUGURAL

LEIDO EN LA

Academia *Sevillana*

DE BUENAS LETRAS

por el Dr. D. Manuel Maria del Marmol

SU DIRECTOR.

EN 20 DE SETIEMBRE DE 1839.

SE PUBLICA

FOR ACUERDO DE LA MISMA ACADEMIA.



Sevilla:

Imprenta de Hidalgo y Compañía.

OBBLIGACIONES
DE UN ACADEMICO

UNIVERSIDAD DE COMILLAS

MODO DE DESEMPEÑARLAS.

DISCURSO INVARIABLE

LIBRO DE LA

Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales

Date veniam scriptis, quorum non gloria nobis.

Causa, sed utilitas, officiumque fecit.



OVIDIO.



Comillas

Imprenta de Comillas



„¿Por qué me hallo en este sitio inesperadamente? ¿Por qué me habeis puesto en tan brillante lugar?” Así hablaba un hombre de las luces de Mr. Maupertuis, manifestando su grande sorpresa, al sentarse por la primera vez en su silla como Académico de la Real de ciencias en la capital de la Francia. ¿Y de que palabras usaré yo en este dia, viendome tan inferior á aquel sábio francés en luces y fuerzas, y ocupando, no una cualquiera, sino la primera silla en una Academia tan sábia al menos como la parisiense en los felices tiempos de Luis XIV? ¿Cómo demostraré, no mi sorpresa, no mi admiracion, sino mi anonadamiento por el favor que me dispensa la Academia Sevillana de buenas letras, y por lo arduo del encargo con que me honra?

He regido la Universidad de Sevilla, he dirigido la Sociedad Económica, corporaciones sábias y brillantes; ¿me lisonjearé de poder dirigir vuestra Academia? Cultiva la Universidad por su instituto las ciencias llamadas de profesion, comunes y poseidas en mayor ó menor grado por los literatos. Promueve la industria y artes la Sociedad; la Academia las ciencias todas en todos sus ramos, y en todos sus aspectos. Si alli tiemblo al ocupar el lugar primero, aqui me acobardo, è ignoro que ha de ser de mí, y cómo me porte. Teneis derecho de decirme por razon de mi oficio como Ovidio.

Pectore te toto, cunctisque incumbere nervis, et niti pro me nocte dieque decet. Con todas tus fuerzas, en todos los tiempos, con desvelo, con fatigas has de obrar por nosotros y por las ciencias. ¡Que! ¿En todos los tiempos un hombre abrumado con notorias ocupaciones? ¿Por las ciencias un hombre de grandes deseos, pero de pocas luces? Señor-

res Academicos, ahora mismo dejaria este honroso lugar, si no me detubiera el deber corresponder á vuestra confianza. Permaneceré en él. Tengo honor. El honor me pide que me sacrifique por vosotros. No haré lo que debéis esperar de mí; pero haré aun mas de lo que me permitan mis fuerzas. Permitidme que os hable hoy estimulandoos en vuestras ocupaciones. No necesitais para empeñaros en ellas mis voces; pero necesito yo empezar á desempeñar mi honroso oficio. Pienso hablaros algo de las obligaciones de un Academico, de la utilidad que os producen, del modo de desempeñarlas. Toleradme por un breve rato.

§. I.

El fin á que se dirige la Academia nos descubre abiertamente nuestros deberes. Para instruirse mutuamente, ó recibir alternativamente los unos las luces de otros; para instruir al pueblo con los rayos y lumbres de la doctrina, que se propagan de la Academia, fué formada y permanece esta corporacion. Un Academico aprende hoy en los trabajos que otro desempeña. Este otro debe trabajar en su turno, para que de él aprenda aquel, que ya tiene derecho de exigirlo. Un Academico ocioso, un Academico que no trabaje en las veces que señalan las reglas academicas, ó lo hace por ignorancia, ó por pereza y dejadez, ó por falta de voluntad para comunicar sus luces. Si ignora, y pudo sorprender con astucias viles á la Academia para su admision, no tiene honor, pues que calla hablando los demas, y recibe lo que no puede dar cuando se le exija el retorno. Si es perezoso, es un monstruo como el zangano en la colmena, que quiere mieles sin labrar panales, quiere rosas sin temor de espinas. Debe ser mirado como el holgazan en las Sociedades, y arrojado con ignominia. Si es avaro de sus luces, es un injusto, que recibe sin retornar, y lucra sin riesgo, ó mas bien es un loco que quiere comprar sin precio y sin paga. ¿Deja de trabajar pretestando ocupaciones? Injuria entonces á los estatutos y reglas de la Academia, suponiendo que exigen lo que no puede darse. ¿Piden de ti, hombre ocupado, mas que una memoria sin señalarle estension, y una censura por

año? ¿Y te faltará tiempo en todo el curso de él para tan moderado trabajo? El pueblo tambien tiene derecho á tus luces y á tus obras. El honra en ti á un sábio, pues sábio te supone el titulo que le presentas. El honra en tí á un sábio, pues sábio te suponen las luces, que recibes en la Academia. El te dá su estimacion ¿Y tu, si no trabajas, que le das en retorno? De los sábios piden y deben tomar los conocimientos los ignorantes ¿Y tú se los niegas? Para instruirlos te alistaste en el catálogo de los Académicos. ¿Y como los instruyes sin tomar la pluma en la mano? Tus compañeros laboriosos darán la doctrina que exige el pueblo. ¿Y no te avergonzarás de recibir los omnes y galardones de gratitud por trabajos, en que no tubiste la menor parte? Tus compañeros laboriosos tomarán las tareas. Bien; ¿y estando tu entre ellos, oyendolos hoy, mañana, este mes, el siguiente, un año y otro año, no te aficionarás á las letras, al trabajo, á las dulzuras de buscar, hallar y comunicar las verdades? ¿No? ¿Que juicio se hará de tu alma? ¿Que juicio de la literatura de un hombre, que no dá un paso en tratar la verdad, aun viendo continuos ejemplos de amadores de ella? ¿Y te llamarás literato? ¿Y te sentarás entre los literatos? ¿Y no huirás de ellos avergonzado? Trabaja, trabaja, y haste digno de su sociedad. Cumple con tus deberes como ellos, y merecerás el honor que ellos merecen.

Si ha sido siempre permitido comparar las cosas grandes con las pequeñas, lo será con mas razon comparar las grandes con las mayores. Si entre los seres que componen el vasto y hermoso sistema del mundo, hubiese algunos, que trayendo hacia sí á los demas, no tubiesen la propension de ir hacia ellos, y no fuese en razon de su masa y su fuerza; si en el mundo moral, ó en las sociedades los individuos no atrajesen hácia sí á los demas, mirando por el propio interés, y al mismo tiempo no propagasen su influjo hácia ellos, sirviendo al ageno interés, ó al bien particular de cada uno, y general de todos: ó lo que es lo mismo, si no tubiesen algunos las *fuerzas concentrativas* y *expansivas*, como las llama Genovesi, estos seres, estos individuos turbarian el sistema y serian los unos en el órden fisico un monstruo en la naturaleza, y los otros ún objeto de escándalo y

odio en el orden moral. Esta ley de hacer todos los seres por sí y por todos, para sí y para todos, es la base de ambos mundos moral y físico. Un ser sin ambas propensiones estaria fuera de su lugar y plaza, y seria un objeto del choque continuo de los demas seres, que, caminando á su fin, lo encontrarían, lo arrollarian, lo destruirian. En este menor sistema, en esta menor sociedad de la Academia, tienen los mismos deberes los Academicos que en el sistema físico y en el moral los seres. Debe lucrar, debe dar, debe tomar el fruto de los trabajos agenos, y debe prestar á los demas y al cuerpo el de los suyos. El ocioso seria aquel monstruo y aquel escandalo, que antes deciamos, y el objeto del choque de los demas, cuyo desorden, cuyo conflicto, seria capaz de destruir á mas largo ó mas corto término la Academia. No hay duda, Señores, la naturaleza funda el orden de todo sistema y reunion en las dos leyes del interes propio y el ageno de las partes que lo componen. Aprovechate de los trabajos de todos, ó trabajen todos para ti: sé útil á los demas con tus trabajos, ó trabaja para los demas. Esta es la obligacion del Académico. Estas dos leyes oye en los estatutos cuando entra. Estas dos leyes deben no apartarse jamas de sus oidos.

El ser de los cuerpos del sistema mundano consiste en las acciones y pasiones; su vivir está reducido á hacer y recibir impresiones. Sin estas no son para nosotros, ni viven. Un ciudadano en la sociedad es miembro muerto en ella y nada es sin ser útil á los demas, y sin que los demas le sean útiles, sin producir y recibir interes. Asi un Académico es muerto, ó no es en la Academia, sin recibir ideas y dar ideas, sin asistir á sus sesiones para recibir conocimientos, y darlos á su vez con sus trabajos. Asista y trabaje. Este es un Académico. Estos son sus deberes. Sin asistir y trabajar en vano tiene su titulo. En vano es que quiera ufanarse con él. El titulo y el puesto le deshonoran, si no cumple las obligaciones que le imponen, y á que se sugetó al recibirlo y ocuparlo, puesto que no es hombre honrado el que no cumple con sus deberes. Y si el honor no le estimula á este cumplimiento, pueda estimularle la utilidad, que de cumplirlas resulta.

El asistir á las sesiones y trabajar en su tiempo cada Académico hemos dicho que es el ser y vida suya; y del ser y vida de los individuos se produce ó forma el ser y vida de la corporación. Academia hay, si asisten y trabajan los Académicos. Util, pues, será el asistir y trabajar, si es útil que haya Academia. Habré yo demostrado lo interesante que es al individuo desempeñar los deberes ante dichos, si demuestro la utilidad de las Academias, de estas corporaciones, á que nos gloriamos pertenecer. Y ya veis, señores, que esta utilidad es una de aquellas verdades, que se presentan á nuestra vista por si mismas, de que nadie ha dudado y que ha impulsado á los hombres de las naciones cultas, y amantes del saber, á reunirse en Academias, ha movido á los gobiernos á fomentarlas y protegerlas, y á los ciudadanos á venerarlas. Verdad acreditada sobradamente por la esperiencia, y que nunca se pondria en duda, aunque no atendiesemos mas que á la creacion del nuevo mundo literario, que se debió á los felices tiempos, en que aparecieron las Academias de ciencias de Londres, Paris, Berlin, Leipsik, debidas á los clamores, que sobre las ventajas de establecimientos semejantes, dió el inmortal Conde de Verulamio.

Pero, Señores, aunque se me arguya de que uso de pruebas no necesarias, dispensadme que vierta las palabras del Académico Maupertuis sobre esta materia, por que reunen cuanto puede desearse con la claridad, gracia y presicion que eran propias de aquel genio francés.

„¿Per qué, dice, hombres libres, como son todos los
 „ciudadanos de la república de las letras, se reúnen en
 „Academias? ¿Cual es la ley que les puede obligar? ¿Por
 „qué el filósofo renunciará aquella libertad, á la que to-
 „do lo sacrifica, se sujeta á ciertos deberes, y se liga á
 „ocupaciones de un cierto género y bajo reglas determinadas?
 „Sin duda halla en ellos mucha ventaja. ¿Y cual es? Es
 „la que los hombres logran en toda sociedad: es el au-
 „xilio que se prestan mutuamente todos sus miembros.
 „Cada sociedad posee un bien comun, de donde cada par-

„ticular recibe mas que dá y contribuye.

„ Aunque un hombre, que se aplica á las ciencias, quiere bastarse á sí mismo: aunque no quiera tomar de otros los conocimientos que necesita: aunque se suponga dotado del genio y disposiciones mas singulares, ¿con qué trabajos y lentitud no hará sus progresos? ¿Que de tiempo no perderá en descubrir verdades, que hubiera conocido en un momento, si hubiera tenido auxilios de otro? Habrá apurado sus fuerzas cuando llegue al punto de donde pudo haber partido. El que ayudado de las luces de los que le han precedido y de sus contemporaneos reserva toda su energia y poder para solas las dificultades, que aquellos no han resuelto: ¿no está mas bien en estado de resolverlas? Todos estos socorros que se encuentran esparcidos en las obras y en la comunicacion y trato con los sábios, se hallan por el Académico reunidos en la Academia. Allí se aprovecha de ellos sin esfuerzos y en las dulzuras de la sociedad; y tiene el placer de deberlos á compañeros y amigos. Aun hay mas y mas importante. El Académico adquiere en las sesiones aquel espíritu académico, aquella especie de sentimiento de lo verdadero, que le hace descubrir la verdad donde quiera que esté, y le impide el buscarla donde no se halla. ¡Cuantos y cuantos autores han aventurado sistemas, cuya falsedad les hubiera descubierto una discusion académica! ¡Cuantas quimeras han creído muchos, que no hubieran osado producir en una Academia!” Hasta aquí Maupertuis.

Y ademas, Académicos, sabeis vosotros muy bien que el talento y genio productor de luces las dá á veces por sí solo; pero las dá mas veces incitado por estraños impulsos. Luz dá la nube preñada de fuego; pero dá mas luz, y la dá por lo comun movida por el choque é impulso de esteriore causas.

Las mas de las nuevas verdades, las mas útiles, se han debido á una idea, á un hecho, á una palabra, á un fenomeno presentados al entendimiento creador. Ni Colon hubiera descubierto las Américas, sin haber oido los versos antiguos que sabeis; ni Newton la teoría de la atraccion, sin haber entrado en el jardin, de que teneis no-

ticia; ni Galileo el sistema sobre gravedad, sin la lámpara de la catedral de Florencia; ni Eximeno la verdadera naturaleza de la música, sin haber oído los cantores del Vaticano; ni Bradley la causa de la aberración de las fijas, sin haber visto la paralaxe anual: yo abuso, Señores, de vuestra paciencia. De semejantes hechos están llenos los fastos de la historia literaria de las naciones. ¿Y cuanto, cuanto no producirán en nosotros las ideas exitadas en la Academia? ¿Quién es el sábio entre nosotros que no recibirá una idea siquiera nueva para él en cada sesión, ó al menos una, que presentada á su mente, ó no produzca otras, ó no desenvuelva otra, que en contró allí? Entonces tantas ideas que no hubiera tenido, ó no se le hubieran presentado; ideas, que siendo por su esencia productoras y exitadoras, desplegarían su energía en la mente. ¿Qué sin número de relaciones de verdades no ofrecerán! Aunque solo en cuarenta sesiones, que habrá al año, no adquiera cada uno mas que cuarenta ideas; aunque estas cuarenta no produzcan por sí solas y sin nuestro trabajo sino otras cuarenta; aunque no existen mas que otras cuarenta, que dormían ó yacían como perdidas, son en un año cien ideas lucradas, y en diez años mas de mil. Hombre hay, y literato, que por sí solo no adquiere en su vida toda tantas ideas de estas casuales ó venidas de fuera, digamoslo así.

Y dejando de hablar de razones directas, que nos presentan la utilidad de nuestras reuniones ¡cuantas como indirectas se ofrecen á nuestra vista! Pero diré que cumpliendo con sus deberes cada Académico, se dá nombre á sí mismo y á la Academia, llamando hácia sí y hácia ella la protección del Gobierno, conque cada uno desea contar. En el punto de atraso en que un conjunto de circunstancias puso á nuestra Nación hace siglos, y en las desastrosas circunstancias en que nos vemos; en el estado naciente de luces en que entramos con este siglo, bien vé el sábio que el Gobierno no le dará la protección que merece y deseara; y que dispensará en días mas felices que no, no tardarán seguramente. No diré, repito, que logrará el sábio Académico esta protección por ahora. ¿A qué había de lisonjearos con promesas ala-

güeñas sí; pero falsas? Mas si diré que se hace acreedor á ella, que la merece, que hace deudor al Gobierno respecto á él. ¿Y no es dulce esta persuacion íntima, este sentimiento noble que tiene? Pero hay si, un bien real que lograremos sin duda alguna.

Que respeto, que veneracion, que aprecio, que gratitud no merecerá la Academia, brillante por las tareas de sus individuos: respeto, veneracion, aprecio y gratitud superior á la que se tiene á cualesquiera otros brillos, méritos y tareas. Tales son las ciencias, que reciben omeñajes de hombres y naciones sábias é ignorantes, y omeñajes superiores á los que se tributan á todo objeto. Poderosa fué Roma en dominacion, famosa Esparta en armas, grande en opulencia Tiro, eminente en sabiduría Atenas. ¿Y de cual de ellas pueden decirse estas palabras de Chateaubriand? ¿Cual de ellas ha logrado las ventajas que espresan? „Atenas vió lanzarse en su seno á los Romanos que la habian vencido y que miraron como una „gloria pasar por sus hijos. Ya uno tomaba el sobrenombre de Atico, ya otro se honraba con el titulo de discípulo de Platon y Demóstenes. Las musas latinas, Horacio, Lucrecio, Virgilio, cantan incesantemente á la Reina de la Grecia. Concedo á los muertos el que se salven los vivos, decia el mas grande de los Césares, perdonando á Atenas culpable. Adriano quiso unir á su titulo de Emperador el de Arconte de Atenas, y aumentó las obras maestras en la patria de Pericles. El gran Constantino se llenó de tanto placer al ver que los Atenienses le erigieron estatua, que colmó á Atenas de dones con la mayor profusion. Juliano derramó lágrimas „al apartarse de la Academia, y cuando triunfó, creyó deber su triunfo á la Minerva de Fidias. Los Crisostomos, los Basilius, los Cirilos corren como los Cicerones y Aticos á estudiar la elocuencia en su fuente. Aun eu la „media edad es llamada Atenas la escuela de las ciencias y el genio. Cuando la Europa empezó á levantarse del abatido estado de la barbarie, su primer grito „es por Atenas. ¿Que ha sido de ella? se oye preguntar por todas partes. Cuando oyen responder que aun „existen sus ruinas, corren allá como si hubieran encon-

„trado las cenizas de una madre.” Asi concluye Chateaubriand. El poder es momentáneo, las riquezas pasan, los laureles se marchitan: la sabiduría dá luz, y su luz es inestinguible, dice la sabiduría por esencia *inextinguibile est lumen illius*. Tal es el aprecio que las letras merecen de toda clase de gentes, y tal es el que el Académico ha de experimentar, si hace con sus esfuerzos brillar la Academia. Entonces será reconocido como superior á los demas, que no tengan sus luces: entonces oirá pronunciar el nombre de su Academia con entusiasmo; entonces verá correr á ella miles y miles que desearán alistarse en sus libros: entonces será un honor superior en valor al oro el título de Académico de buenas letras de Sevilla.

Tenemos deberes. Utilísimo nos es el cumplirlos, y mucho mas si lo hacemos del mejor modo posible. ¿Como nos portaremos pues? Es de lo que voy á hablaros.

§. III.

¿Cómo ha de desempeñar el Académico los trabajos, en cuyo cumplimiento consisten sus deberes? Esto es. ¿De qué materias ha de tratar? ¿Bajo qué aspecto las ha de tratar? Dos puntos que tocaré brevemente por no abusar mas de vuestra atencion. En todas las ciencias hay puntos bastantemente ventilados, suficientemente estendidos en muchos autores, y de que todos tienen mas ó menos noticia. Hay otros, en que pueden hacerse algunas mejoras, y algunos, sobre que nada se ha podido hasta ahora adelantar, por no bastar las luces á descubrirlos sin costos y esfuerzos excedentes. Los primeros no deben ocupar á los Académicos. ¿Qué importa un libro mas, un discurso, ó una memoria, donde nada de lo que diga hace falta, y donde, si algo presenta de nuevo, serán pormenores ó pequeñeces, que no merecerán el tiempo siquiera que se consume en leerlos? ¿Que habrá hecho un sábio por las ciencias en repetir lo que todos saben? ¿Qué habrá hecho por sus compañeros en una Academia? ¿Qué habrá hecho en favor del público?

Que aprenda el ignorante se dirá, que recuerde lo que sabe el Sábío.

Indocti discant, ament meminisse periti. Heis aquí el verso que ha destrozado las Academias. Esta es la capa con que cubre su pereza para trabajar el Académico holgazán. El ignorante, le diré yo, no tiene necesidad de tu escrito, porque le sobran otros, en que pueda aprender lo que todos dicen. El sábio te dispensará con gusto de los recuerdos, que le haces, con tal que le des siquiera una idea, ú obscura antes, ó ignorada. ¿Habiendo aun tanto que hacer en las ciencias, te detienes en repetir lo tantas veces repetido? ¿Habiendo en los campos literarios tantas flores que cortar, tantos frutos que coger, vienes á ofrecer frutos y flores tiempo ha tenidos y gozados hasta la saciedad? ¿Habiendo tantas regiones á que obscurecen, ó que ocultan del todo las sombras, vienes á dar tu luz á otras, que gozan del sol meridiano, y que se descubren á todos? Señores, el copiar lo escrito, ó presentarlo solo con variacion accidental en el órden, es cosa facil, y que por fácil lo prefiere el poco trabajador, ó el que no sabe mas. Mucho cunde esta clase de gente, y por nuestra desgracia, casi no se hace hoy mas en la república de las letras. No aumentemos el número de estos escritores adocenados. De lo que se sabe se forma juicio por lo que se ha escrito, y se ha escrito tanto repitiendo lo sabido, y tan poco descubriendo lo ignorado, que el célebre Montesquieu en su prólogo del templo de Gnido decia con gracia. „Habia compendiado todo lo que los hombres habian escrito, ocupando su compendio un tomo de un pliego de papel solamente.” ¿Y un cuerpo de sábios, la Academia Sevillana de buenas letras, no dará siquiera un renglon, que añadir al compendio de Montesquieu? Se registrarán sus archivos, se leerán sus memorias, y dando cada idea á los libros y autores, de que se sacaron nada quedará para aumentar aquel compendio? ¿Que nombre merecerá entonces esta Academia á los Montesquieus de todos tiempos? ¿Qué dirian del caballero ó ginete, que no pudiese, ni supiese, ni acostumbrase montar sino á ancas? Lo mismo (y perdonad si es baja la com-

paracion) que del literato, que no escribiese ni hablase mas que yendo á ancas de los autores. Lo comparo tambien al sastre, que no hiciese mas que zurcir. Lo comparo al eco, que sabe solo repetir. ¡Y cuantos sábios hay á ancas! ¡Cuantos zurcidores! ¡Cuantos ecos! ¡Cuantos! ¡Cuantos! ¡Y no seria licito decir cosas nuevas por el modo usado? ¿Se ha de condenar el verso sentencioso de Fedro.

* *¿Usus vetusto genere sed rebus novis?* No seré tan rigido ó poco indulgente, que acuse á quien así escriba. Aunque no alcanzo yo que haya modos nuevos y viejos de manifestar verdades. La senda de la verdad, el método respecto á la verdad, no es mas que uno, que es el natural ó el que vá directamente á su fin. Todo el que no es este, no es moderno, ni antiguo, sino defectuoso. Hállase la verdad por el único camino que hay de hallarla, que es el analisis. Manifiéstela como se encontró, y todos, sin poder hallar novedad, procederán igualmente. Y es lo mismo que responderé al que me pregunte si reprendo decir las cosas ya sabidas variando el modo de presentarlas: proceder que alaba Estraton, y con quien se disculpan muchísimos escritores. Si hablais, le diré, de nuevo modo, ó es el de la naturaleza, ó es otro. Si es el de la naturaleza, no es nuevo; si es otro es malo y eres reprehensible en usarlo. Concluyámos, Señores, el Académico debe tratar de las cosas no tratadas, ó tratadas obscuramente, que antes insinuamos, si se ha de honrar á sí, y ha de honrar la corporacion.

El hombre á mi entender mas benemérito de las letras, el renovador de las ciencias, el Conde de Verulamio, Bacon, no contento con haber formado la razon del hombre en su nuevo organo de las ciencias, escribió el tratado de su aumento. En él considera la reunion de los conocimientos humanos como un edificio, de que las ciencias forman las diferentes partes, colocada cada parte en su lugar y órden, y descubrió así la dependencia de unas respecto á otras, y de todas con el todo; viendo de este modo todas las relaciones del todo y las partes, conoció y manifestó lo que faltaba á cada una, ó, lo que es lo mismo, manifestó los puntos, que quedaban por

tratar, ó por esclarecer, abriendo así el campo para trabajos nuevos y útiles, ó mas bien necesarios. Heis aquí el libro, que no debe dejar el sábio Académico de su mano. Heis el libro que le dirá los trabajos, en que ha de ocuparse. Heis el libro, en que aprenderá á ser útil á la literatura, á la Academia, á la Nacion, á la humanidad. Heis aqui el libro, por donde elegirá materias dignas de un sábio. La Academia Sevillana de buenas letras, se diria entonces, estendió el palacio de la sabiduría; abrió en él mas puertas por donde entren los hombres; dió salida á mas rayos de su luz para ilustrar mas al mundo; hendió nuevos caüses á los raudales de sus puras aguas para fecundar los entendimientos. En este precioso libro hallará materias aun obscuras, que aclarar, y verdades ocultas, que descubrir. Hágalo en aquellas para que baste solo su trabajo y desvelo. Con las demas, que necesitan auxilios y expensas, si han de hallarse, aun queda bastante para sus esfuerzos. Debe manifestar su utilidad, y señalar, en cuanto pueda, los caminos de encontrarlas, y la posibilidad de conocerlos. Este trabajo dispondrá los animos de los Gobiernos y poderosos, y facilitarán la prestacion de auxilios y expensas. Aun para el señalamiento y eleccion de estos puntos ó materias halla facilitado el trabajo en el tratado de Manpertuis sobre los progresos de las ciencias; libro que completó el de Bacon, y con el que nada queda que desear á un individuo de nuestra Academia. Si á sus escritos, presentados bajo el insinuado aspecto, se debiera la cooperacion de los poderosos; si de este modo se descubrieran tales verdades ¿no le quedaba bastante gloria con la parte tan principal, que en su invencion tendria? ¡Ojalá se realizase mi plan! ¡Ojalá fuesen modelados por sus principios los trabajos de nuestra corporacion! ¿Y bajo qué aspecto debe mirarla ó, que fin debe dirigir sus trabajos? He llegado á este punto cuando ya estareis molestos por lo largo de mi discurso. Mucho se me ofrecia que deciros sobre él; mas no seré imprudente. Indicaré solo alguna otra idea.

El mundo se nos entregó para que usasemos de sus seres, satisfaciendo las necesidades que nos dió el Hace-

dor. Debemos conocerlos; pero en la parte que nos pueden ser útiles. Aspirar á otro conocimiento mayor, seria una curiosidad contra el fin de la naturaleza. En este sentido decia el grande Agustino que no quiso Dios que conociesemos los seres, si no que usasemos de ellos. *Non me Deus ista seire, sed iis tantum uti voluit.* El estender nuestras investigaciones á mas, seria inútil para la satisfaccion de nuestras necesidades, y por consecuencia ningun bien nos traeria: pues que bien es lo que nos conserva ó perfecciona, y solo nos perfecciona y conserva lo que nos dá aquellas satisfacciones. Seria un trabajo escusado, pues que nada realmente verdadero encontraríamos, por falta de alcances, desde el punto en que buscamos conocimientos inútiles para la satisfaccion de las necesidades. Por falta de alcances, si: la naturaleza nos dió las facultades que necesitabamos para conocer lo que debiamos, segun el fin, que se propuso, y nos negó las que á estas excedieran. El que se estiende á procurar conocer mas en los objetos, que lo necesario para ver su utilidad, va tras de quimeras, y pierde fuerzas, que debió gastar en buscar realidades. ¿Que es una nacion en que los sábios se apartan de este verdadero camino; en que se aplican mas á lo curioso que á lo útil; mas á disputar, captando la admiracion de los ignorantes, sobre cosas incomprensibles, que en enseñar con sencillez á sus conciudadanos en las cosas que son útiles, y debe conocer el filósofo y el no filósofo.

El tiempo no me permite ponerlo á vuestra vista. Vedlo en la disertacion con que concluye dicho Genovesi su Diceosina, y os estremecereis. Yo me limito á nombraros el siglo de los escolásticos.

Si, si, Señores: por los mismos principios que voy sentando, demostró Bacon á los hombres que se podia ser filósofo con harta gloria, sin ser un peso inútil para los hombres. La obtendreis vosotros, y lograreis las bendiciones de todos, si buscáis en vuestros trabajos, la utilidad, la verdadera utilidad: esto es, el obtener conocimientos de los seres y sus relaciones en cuanto nos puedan conservar y perfeccionar. De aquí nacerán las artes útiles, y no charlatanismo sin sustancia. Así se for-

mará la verdadera ciencia, que es la que dá algo real al hombre. No mas.

Si al presentaros vuestros deberes, la utilidad que ofrece el cumplirlos, y el modo mejor de desempeñarlos, „no hallais nada que acuse vuestro proceder: si en la „pintura que he hecho del Académico, cual yo lo deseo, he hecho vuestro retrato, como no lo dudaré ni „un momento: si habeis visto en mi discurso vuestro „elogio, aquellos, que no sean de esta corporacion, hallarán en él el modo que puede hacerlos dignos de ser „lo.” Asi concluyo con el mismo Maupertuis, con quien empecé á hablaros. Señores Académicos, recibid mis buenos deseos, y mirad con indulgencia mis borrones. Si creéis que mis fuerzas alcanzaban á mas, y que no lo he hecho, no me culpeis. Me ha faltado tiempo. Me lo han consumido infinitas ocupaciones.

El sentido que se dá en el discurso al verso de Fedro, no es el que tiene, sino uno en que he visto á algunos aplicarlo.

